

Camila Muñoz Parietti

Historia y Literatura en América Latina: una construcción alegórica desde los escritos de Colón

Universidad de Chile

cammunozp@gmail.com

¿Existe la posibilidad, actual o no, de construir una Historia literaria de América Latina y también plantear las posibilidades de y cómo realizar una historiografía literaria en estas latitudes. El primer problema lo constituye definir qué es América Latina. ¿Es posible entonces el estudio de una entidad fantasmagórica o ilusoria? Quizás no posible, pero sí necesario en su inexactitud. Y para acercarse de mejor forma será necesario acotar el tamaño de tal empresa.

Algunas nociones de Histori-a/-ografía y Literatura

A grandes rasgos, siempre se ha considerado la Historia como un objeto de estudio disciplinario muy distinto a la Literatura. Algunos dirán que su estudio es metódico, pues utiliza una metodología precisa. Otros dirán que se basa en hechos que ocurrieron efectivamente, a diferencia de la Literatura que pareciera tratar más de mitos y dragones. O que la historiografía es más comprometida ...

Abogo por la idea que ambas son disciplinas creadas por el individuo y que utilizan el lenguaje, por lo que desde su ejercicio o creación ya poseen algunas características inherentes a este hecho. Justamente Hayden White busca llamar la atención acerca de ese hecho que posiblemente muchos historiadores pasaban por alto: la historiografía, el ejercicio de escribir la Historia, utiliza el lenguaje y principalmente formas literarias para lograr su objetivo. Con esto, la

pretensión de una ciencia exacta se pone en juicio. A grandes rasgos, en la historiografía, el narrador se oculta para lograr el efecto de objetividad. Narrativizar los hechos,¹ o sea ofrecer un relato del pasado donde esos hechos ya se presentan con una trama, y utilizar la narración permite generar una estructura y un sentido, además de la ilusión de totalidad. El problema es que se ha dividido el contenido de una narración, los acontecimientos, como reales e imaginarios, por lo que los hechos reales no deberían hablar por sí mismos, sino simplemente ser.

Intentando dar cuenta de la relación entre historiografía y narrativa, el teórico se interesa en la trama que impone un significado a los acontecimientos. Finalmente, aboga que el discurso histórico es atractivo ya que “hace deseable lo real” (White 35) a través de la imposición en los acontecimientos de la coherencia formal de las historias. La narrativa histórica muestra un mundo finito y acabado, que apela al lector. Existirían cuatro entramados: romance, comedia, tragedia y sátira y a su vez la historiografía utilizaría recursos narrativos como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía (ver Mackenbach xi). Este mecanismo puede asociarse a la idea de Barthes (ver 182) quien también otorga un rol importante al lenguaje al decir que las figuras retóricas recortan al mundo.

En un principio, llama la atención que White no mencionara dentro de las figuras a la alegoría que Barthes (185) define como “esencialmente significación, aproximación de un significante a un significado”, la obra literaria sería a su vez alegórica ya que “es considerada como el lenguaje de otra cosa”. Esta figura, por ejemplo, es importante en el trabajo de Derrida que recuerda a Paul de Man:

A su juicio, la alegoría no es sólo una forma de lenguaje figurativo entre otros; representa una de las posibilidades esenciales del lenguaje: la posibilidad de siempre decir algo diferente de lo que se ofrece a la lectura, incluida la escena de la lectura. (Derrida 25).

¹ White (19) sostiene citando a Benveniste: “[En el discurso narrativizante], los acontecimientos se registran cronológicamente a medida que aparecen en el horizonte del relato. No habla nadie. Los acontecimientos parecen hablar por sí mismos.”

A diferencia de la idea totalizadora de la narrativa de White, Paul de Man, aplicándola a la memoria o recuerdo, considera que el aspecto alegórico impide la síntesis totalizadora o una narración exhaustiva. Pero efectivamente White hace mención a la alegoría en el segundo capítulo de su obra. En éste, sigue explorando la utilización de la narrativa en la historiografía. Lo que diferencia a ambas es su contenido, y no la forma, y el narrador histórico encuentra la forma para presentarla, ya que se basa en ciertos discursos “imaginativos” (White 42).

Al imponer un tipo de relato, modos de entramado, se dota de significado a los acontecimientos.

En cuanto a la narrativa, la narrativa histórica no disipa falsas creencias sobre el pasado, la vida humana, la naturaleza de la comunidad, etc.: lo que hace es comprobar la capacidad de las ficciones que la literatura presenta a la conciencia mediante su creación de pautas de acontecimientos “imaginarios”. Precisamente en la medida en que la narrativa histórica dota a conjuntos de acontecimientos reales del tipo de significados que por lo demás sólo se halla en el mito y la literatura, está justificado considerarla como un producto de *allegoresis*. Por lo tanto, en vez de considerar toda narrativa histórica como un discurso de la naturaleza mítica o ideológica, deberíamos considerarla como alegórica, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra. (White 63).

Es importante remarcar la idea que expone White, la cual no vuelve a retomar en ese capítulo: la narrativa histórica no corregirá alguna noción errada, por ende, esta narrativa no puede erigirse como una verdad única, como un discurso que excluya otra posible versión. De la misma forma, realza una de las cualidades de la Literatura, por la cual sigue siendo una práctica que se perpetúa: la ficción, la posibilidad de imaginar, moldea nuestro cerebro, nuestra capacidad de dar cuenta de hechos que no podemos aprehender. La ficción, aunque no propia de la Literatura, capacita al hombre a concebir nuevas consideraciones acerca de algo. La ficción influye en nuestra conciencia, por lo mismo es muy difícil creer que la práctica literaria desaparezca alguna vez en las comunidades. Es posible que con el tiempo cambie su función y su alcance, pero existe una fuerza en su ejercicio (y lectura) que puede explicar por qué sigue

cautivando a una cantidad considerable de personas, a pesar del arribo de nuevos dispositivos de creación de ficciones tales como el cine, la televisión, los comics, los videojuegos, etc.

A su vez, para Ricœur la narratividad en la historiografía lleva más al logro de la comprensión que a una simple explicación y otorga temporalidad. La historicidad no puede ser representada directamente, sólo indicada, “dice algo distinto de lo que dice y [...] por consiguiente, me capta porque ha creado en su significado un nuevo significado” (White 67, citando a Reagan y Stewart). Así como con la ficción, se va desentrañando que la alegoría es una de las formas de posibilitar el acceso a un tipo de conocimiento que ocasionalmente se nos veda. Esta figura, además, insiste en la incapacidad perpetua del hombre en acceder de forma directa a lo que lo rodea, al mundo.

En ese sentido, me parece pertinente lo comentado por Jenkins en su lectura de White pues permite posicionar al investigador y humanista en un rol cercano al artesano, con una materialidad propensa a ser influenciada por la contingencia, el entorno, la academia, los textos leídos, etc. Sólo esa falta de soberbia puede dar pie a un trabajo que aspire a contribuir efectivamente a un mayor conocimiento. Jenkins declara que el mundo está afuera de nosotros, no así los significados o las verdades. Existe un quiebre ontológico entre el mundo y la realidad, siendo ésta creada/constituida por nuestros discursos humanos los cuales son “acerca” pero no corresponden intencionadamente con lo que ellos “refieren”². Para Derrida esto se podía resumir en una palabra: *catachresis* que es la violenta producción de significado, y en su violencia un abuso, una imposición (ver Jenkins 62). Al no escapar de la *différance* tampoco escapa de la indeterminación: la verdadera y completa reconstrucción de pasado es un mito imposible³.

El pasado es una construcción, un ejercicio, por lo mismo los trabajos acerca de la memoria se han posicionado como referente en los estudios literarios. Incluso para Paul de Man no existe el pasado, hay sólo memoria y las huellas que nos sobreviven: “esas figuras tendientes hacia el futuro a través de un presente fabulado, figuras que inscribimos porque pueden sobrevivirnos”

² Jenkins (60) sostiene: “created/constituted by our human discourses which are ‘about’ but which do not knowingly correspond to that to which they ‘refer’”.

³ Jenkins (63) escribe: “the truth-full reconstruction of the past is thus an impossible ‘myth’”.

(Derrida 70). Jenkins, a su vez, deja en manifiesto que la referencia del historiador es sólo producto de sus inferencias (ver Jenkins 66), idea que Barthes desarrolla cuando postula que el crítico es subjetivo e histórico o que el crítico “forma parte de la literatura” (Barthes 193).

Esta noción es igual de importante a la que significó la inclusión del lector, desde finales de los años sesenta, en las corrientes preocupadas por el efecto de la lectura en esa figura. En anteriores paradigmas estudiados por Jauss, se anulaban “las condiciones extra-estéticas de la obra de arte” (Jauss 65). Según Jauss, para un nuevo paradigma en el estudio literario es necesario, entre otras cosas, dar cuenta de una estética referida al efecto (ver 70) y que esté atenta a la función social de la Literatura: cuando la experiencia literaria del lector “entra en el horizonte de expectativas de su praxis vital” (58). De esta forma, va teniendo mayor importancia no tanto el autor sino el contexto como también la idea de saber cuál es el estatuto de la Literatura en la época en que es estudiada. Además en su artículo se presenta la idea de una Historia literaria exclusiva, pero en relación a la Historia en general, y que no sea sólo una representación secuencial de sus sistemas en la producción literaria.

Por otro lado, Gumbrecht expone tres preguntas relacionadas con la estética de la recepción para descubrir cual es la función social de la literatura: ¿Qué concepto transmite el texto a sus lectores? ¿Qué experiencia pueden obtener esos lectores en la recepción de los textos? ¿Qué efecto retroactivo tienen esas experiencias en el comportamiento social? (Ver Gumbrecht 224). Estas preguntas permiten ir rastreando cómo el texto se actualiza y principalmente se concretiza con la lectura. Además, busca rendir cuenta de qué forma un texto podría llegar a influir en la percepción de un individuo acerca de un hecho y cómo esto se concretiza o cómo el conocimiento se propaga en un grupo de personas.

En América Latina

Los académicos de América Latina no escaparon de las diversas corrientes en que se debatía el quehacer histórico literario. En la década del setenta y del ochenta, por ejemplo, la perspectiva de

la Escuela de los Anales influyó en estas latitudes, quienes consideraban a la Historia como parte de una ciencia, imponiéndose entre otras cosas, un gran despliegue de material estadístico (ver Alvarenga 23). Para Alvarenga también debe tomarse en consideración el fin de la razón universal del Iluminismo, el fin de los esencialismos, la aparición de otras corrientes de grupos ignorados (feminismos, subalternos, etc.), además de expandirse la idea que todo conocimiento implica un poder que se posiciona desde un lugar.⁴

En la década del ochenta, Ana Pizarro se embarcaría en construir una Historia de la literatura latinoamericana. Para aquello, plantearía que lo primero es delimitar una zona literaria, entendiendo por ésta un conjunto de algunas literaturas nacionales vecinas que se han desarrollado sobre la base de los mismos o similares factores económicos, políticos, culturales, etc. (ver Pizarro, “Introducción” 10). Ella insistiría en que lo que puede unir un trabajo acerca de este territorio es “la existencia de significaciones culturales comunes” (Pizarro, “Introducción” 11) bajo la línea del comparatismo y tomando en consideración los procesos transculturales, vale decir, “el proceso transitivo de una cultura a otra” (16).

Fue un trabajo colectivo, de gran alcance entre diversos países latinoamericanos, y que se prolongó durante aproximadamente diez años. No estuvo exento de problemas o dificultades por justamente las características del proyecto. Una de sus premisas fue realizar una enunciación crítica desde el mismo espacio cultural del continente (ver Pizarro, “Diseñar” 71). Para ello, debieron preguntarse qué tipo de Historia, las opciones, periodización etc. La idea era menos una cronología exhaustiva que una nueva indagación sobre diversos temas:

Por otra consideraríamos un amplio espectro de manifestaciones que desbordaban la concepción canónica de “lo literario” en términos de “bellas letras”, expresando la pluralidad de prácticas discursivas propias del registro cultural de América Latina. Esto, en su doble línea de tradiciones desde el momento

⁴ Michel Foucault sostiene: “Ahora bien, tengo la impresión de que existe, y he intentado mostrarlo, una perpetua articulación del poder sobre el saber y del saber sobre el poder. No basta con decir que el poder tiene necesidad de éste o aquél descubrimiento, de ésta o aquélla forma de saber, sino que ejercer el poder crea objetos de saber, los hace emerger, acumula informaciones, las utiliza. [...] El ejercicio del poder crea perpetuamente saber e inversamente el saber conlleva efectos de poder.”

colonial: por un lado la oralidad, la plasmación pictográfica o ideográfica, por otro, la literatura escrita en lenguas europeas. (Pizarro, “Diseñar” 72).

Pizarro por su lado considera que la influencia de la escuela de los Anales fue más bien tardía en América Latina pero concuerda que el trabajo historiográfico se llevó gracias a una transformación, que ella sitúa en la década de los sesenta, donde hay una apertura a la pluralidad⁵ y, entre los setenta y ochenta, se presenta una gran crisis del paradigma tradicional. El concepto de Literatura se amplía tornándose “un vasto campo de manifestaciones diferentes que incorporan desde la novela hasta la literatura de cordel, pasan por el tango y la poesía tupiguarani” (Pizarro, “Diseñar” 74). El interés del estudio se centra en la construcción de los imaginarios. Es interesante que Barthes defina la Literatura, en su estudio sobre Racine, como “el conjunto de objetos y de reglas, de técnicas y de obras cuya función en la economía general de nuestra sociedad es, precisamente, la de *institucionalizar la subjetividad*” (193).

La Literatura es la plasmación de una gran variedad de construcción de imaginarios y la importancia de su estudio reside en que gracias a ella es posible conocer mayormente el pensamiento de una sociedad. Si ésta puede considerarse un objeto de estudio interesante para la Historia o en la construcción de una historiografía no es por la veracidad de los hechos narrados, imposible lograr dilucidar en una narración cuánto hay de “real” en ésta, menos como una versión alternativa de la Historia que como la creación de un referente para conocer los imaginarios sociales. Por lo mismo, en este tipo de estudios es importante rastrear y re-construir el contexto de producción para comprender el sistema de enunciación en el que se presenta el autor de una obra. No deja de ser menor el hecho que Barthes hable acerca de una institución pues justamente la Literatura es una práctica que se encuentra enmarcada por un número importante de factores que van más allá del simple hecho de narrar una historia o de escribir. Desde la llegada de los españoles, ésta se ha considerado como la escritura de una narración dejando de lado una gran cantidad de manifestaciones orales de los antiguos pueblos residentes

⁵ También apela a la influencia de Foucault, al igual que Alvarenga.

en la zona. En este contexto, puede entonces ser muy útil la idea de Foucault acerca del poder y conocimiento: los españoles imponen un nuevo tipo de construcción de imaginarios que obviamente logra imponerse a través de otras manifestaciones por el poder que posee el grupo conquistador. Represivo, por un lado, al destruir de una u otra forma la cultura que poseían, minimizando su alcance; permisivo en la proliferación de una literatura de corte que perpetuaba la hegemonía del pequeño sector de funcionarios y aristocráticos que poseían los medios para continuar las modas y tendencias de las literaturas metropolitanas. No hay que olvidar que Foucault considera en una parte de su estudio que el concepto de un poder exclusivamente coercitivo es estrecho y extremadamente limitante pues no llega a explicar del todo por qué éste puede llegar a ser tan atrayente.

La Literatura por otro lado es una institución y no una simple creación intuitiva como algunos pueden concebirla. El mismo sistema de selección y circulación desarrollado por las editoriales las cuales poseen los canales y tienen acceso a medios de información para promover sus productos insisten en un camino limitado que acompañado de la publicidad entrega un limitado espectro de posibilidades a los lectores. Hay que considerar que los lectores a su vez son un grupo selecto el cual debe poseer una educación relativamente avanzada para poder decodificar el mensaje que se torna menos claro al presentar diversos sistemas de signos, como en el caso de la Literatura. Y, por otro lado, hay que dar cuenta del aparataje académico como el crítico, presentes en los medios, que a su vez estudia y con/des-valida ciertas escrituras configurando el llamado canon. Pero esto no es producto de las editoriales, pues es imposible olvidar que existe una proliferación de pequeñas editoriales con diversas visiones, además de la consolidación de Internet como un medio de difusión, abaratando costos, pasando por alto un comité editor, etc.

La constitución de la Literatura como institución (ideológica) es inherente a su práctica posiblemente por la concepción que se ha formado de ésta a lo largo de su ejercicio como de la importancia de la función social que se le ha asociado.

América Latina, palabra, literatura e cultura: un estudio literario historiográfico

El libro *América Latina: palavra, literatura e cultura* editado por Ana Pizarro es parte de un estudio de décadas de diversos intelectuales que inicialmente buscaba ser una Historia de la Literatura Latinoamericana y que derivó en la publicación de tres volúmenes con los resultados parciales de la investigación a partir de 1993.

En el prólogo, se expone la idea común que los trabajos realizados tienen la idea de considerar América Latina como una “región de significaciones históricas y culturales comunes” y así lograr reunir heterogéneas reflexiones historiográficas en una “estructura global”, que paso a paso ha ido integrando más áreas (ver Pizarro, *América* 13). Los trabajos se reúnen no sólo por sus problemáticas historiográficas sino por una búsqueda de lecturas creadoras, con apertura de perspectiva y para aportar en la construcción cultural del continente (ver 14).

El primer volumen se centra en la Colonia y en los conjuntos discursivos del siglo XV y finales del XVIII en América Hispana (en Brasil, principio siglo XIX). Para estudiarlos es necesario poseer una mirada transdisciplinaria, fusión e intersección, de historia cultural, sociología de la cultura, historia literaria, historia de las ideas, semiología, crítica literaria, antropología cultural y simbólica, etc. También es necesario hacerse cargo del problema que conllevan algunas concepciones histórico-literarias tradicionales acerca del canon o la Historia como un esquema lineal y unicultural (ver Pizarro, “Palabra”). En este mismo artículo se especula acerca del momento en que surge la literatura latinoamericana y uno de ellos es el de la literatura geográfica: “lo que posteriormente llamaremos literatura latinoamericana surgiría con el texto de *Diario* de Colón, no por una visión europeizante o colonialista clásica, sino porque éste inicia el diseño del espacio de la alteridad” (Pizarro, “Palabra” 36).

Cierto es que el proyecto presenta estudios relacionados con las literaturas que fueron marginalizadas a la llegada de los españoles. Si la construcción de América Latina se debe entre otras cosas a la idea de pertenencia de un grupo a determinado lugar, vale decir, si éste se siente identificado con ciertos parámetros entonces no es de extrañar que justamente las literaturas

“oficiales” del reino español marcaran fuertemente la subjetividad de los grupos que confluyeron en tierras americanas. Ante la complejidad de delimitar un área tan heterogénea como América Latina, se expone un hecho trascendental:

[E]sta unidad se define porque ella misma se define como unidad. Por ejemplo, un sector considerable de la población de América se considera latinoamericana, y porque se considera es razón suficiente para estudiar el problema: porque se considera así. (Pizarro, “Delimitación” 31).

En ese sentido, la imposición, expansión y consideración de cierta literatura hará que algunos individuos no se sientan representados por ésta, por lo mismo es el pie para una investigación pluralista y no su cierre. Así, se puede considerar apropiada la idea de considerar la literatura geográfica como el inicio de la literatura latinoamericana, siendo el mismo concepto de latinoamericano una idea que se instaura a la llegada de los españoles y no previamente, sólo si se acepta que tal noción excluye, muchas veces condena al silencio, a una cantidad importante de manifestaciones culturales, ajenas a la escritura, que poseían previamente las culturas indígenas.

Colón-ialismo

Las cartas de relación son parte del discurso oficial que propagó la corona española para organizarse en el nuevo territorio. Esta literatura se componía de documentos informativos e utilitarios: diarios de navegación, cartas-informes, relatos de viaje, relatos de conquista, etc. (ver Lienhard). Esto no impediría que “elementos de elaboración ficcional” (Lienhard 45) se permeabilicen en los textos oficiales. Lienhard llamaría a la primera literatura surgida en América Latina con un contacto con el “otro” y el nuevo territorio de egocéntrica pues estaría “centrada en el “yo” del europeo, en sus deseos, sus convicciones, sus triunfalismos sus decepciones y sus dudas” (46).⁶

⁶ ¿No sería entonces posible llamarla entonces *eugocéntrica*?

Es así como la Literatura puede considerarse una fuente importante para el estudio historiográfico pues vale preguntarse: ¿Cuán influenciado se encuentra un texto oficial como el de Colón por lecturas anteriores? ¿Acaso las nociones de White no adquieren sentido al enfrentarse ante estos hechos?

Probablemente, Colón no escribió⁷ tales cartas con un ánimo historiográfico, de escribir una Historia, pero sí debía dar cuenta de forma fidedigna, vale decir “real” o “verídica”, a la Corona española cuál era el estado de su empresa de conquista. Considerando además que la carta, el género epistolar, sumado a otros sistemas de reproducción que sólo lograban realizarse de forma humana (mapas, ilustraciones, reproducciones, etc.), se alzaba como uno de los pocos testimonios que podían fabricarse en aquel entonces para dar cuenta de una realidad, debió ser considerada una prueba irrefutable de la experiencia de una persona. Pero justamente, el escrito del navegador acusa una gran influencia de textos literarios, imaginarios que se desarrollaban en esa época. Por lo mismo, Lienhard habla de las innovaciones de los textos de Colón que hace que la carta “oficial” entre derechamente a un género más ligado a lo literario:

[E]l primer contacto con las islas del Caribe y los autóctonos, en cambio, desbordará los estrechos límites del discurso náutico y movilizará –a falta de otros recursos– toda clase de imágenes tradicionales, en buena parte de ascendencia bíblica ...” (Lienhard 46).

Colón actualizaba sus lecturas de viajes, sus fuentes, de Plinio, San Agustín, los viajeros Marco Polo y John of Mandeville, en su diario y en las cartas de relación oficiales:

Así es como los testimonios de los viajeros describían una realidad que se hallaba transformada primero por su propia mirada y luego por la interpretación parcial que hacían los historiadores, filósofos o literatos europeos. (Duvois 115).

El navegante ve una realidad pero escribe otra cosa acerca de ésta. No es difícil asociar tal despliegue con las características de la alegoría enunciadas anteriormente. La Historia y no sólo

⁷ Vale considerar la posibilidad que tampoco lo haya escrito de su puño y letra.

la Literatura, incluso la percepción se convierten en una construcción alegórica estimulada por diversos entramados posiblemente otorgados por los textos literarios, los cuales son posteriormente consumidos y nuevamente incorporados y distorsionados. Por ejemplo, en el texto de Colón, en su intención, no es difícil ver la figura épica que emerge en sus actos. Por lo mismo, no es de extrañar la aparición de monstruos, la deformidad del aborigen, la desnudez paradisíaca de éste, que a su vez se entremezcla con la visión diabólica de las amazonas guerreras junto a los gigantes, los antropófagos, los enanos y gigantes (ver Rojas):

Si en Europa (y limitémonos a España) los géneros más difundidos son brotes de la picaresca, además de la novela morisca, las “guerras civiles”, la historia etiópica, los libros de aventuras, la novela corta, el cuentecillo tradicional, también es cierto que algunos sectores de la población lectora seguirían con atención las “historias, crónicas, memorias, cartas, relaciones” –formas todas de narrativa “autobiográfica”. (Zavala 363-364).

El mismo navegante prefiere ciertas lecturas, textos y autores, que continúen configurando su mundo interior, pero también el mundo que por ese entonces aún se conocía en su totalidad. Unas de las pocas formas de tener aquel conocimiento geográfico era a través de algunas textos ficticios o justamente de textos de carácter informativo. La lectura se convierte en un viaje. Zavala en su artículo intenta reproducir cuáles son las condiciones de producción de la literatura geográfica como de otras manifestaciones escriturales referentes a la conquista española. En ese sentido, ella da cuenta de parámetros extra-textuales, alejados de la poética, para otorgar sentido al contexto de producción: ¿Quiénes leían? ¿Cómo leían? ¿Qué leían? No es posible olvidar que la Literatura se perpetúa gracias a las lecturas, por lo mismo es interesante cómo Zavala rastrea a su vez las prohibiciones de ciertos libros en el Nuevo Mundo. ¿Por qué prohibir algo si es inocuo? Obviamente, una prohibición de libros sólo impedía que éstos pudieran circular a través de los medios oficiales pero no que dejaran de hacerlo de todas maneras.

Conclusiones

Es inevitable pensar entonces cómo la lectura de ciertas obras moldeó la percepción de la realidad en la conquista española, por lo que no es ilegítimo considerar que este hecho continúa siendo así en la actualidad en otros procesos históricos. La construcción de América Latina, en su espejismo incluso identitario, se transformó en una alegoría, en un nuevo monstruo que nace de las entrañas de los conquistadores, pero que a su vez era anterior a éstos, pues ya existía toda una rica cultura indígena que entró en choque con las manifestaciones escriturales.

La Literatura no puede ignorarse al momento de estudiarse la subjetividad de un grupo de individuos. Para tenerla en cuenta, para comprender en su globalidad su alcance, re-construir el sistema paratextual en el que se posiciona puede aportar importantes datos en un estudio historiográfico. El hecho de constituirse como ficción no es impedimento para estudiarla, en sus múltiples concretizaciones que van más allá del libro, en una sociedad. Minimizar su potencia sólo creará un manto de ignorancia acerca de hechos que no siempre se reflejan en datos duros y estadísticos. Que la Historia, a su vez, sea creada a partir del lenguaje no la limita como área de estudio, sólo pone en la palestra la necesidad de considerar que ésta también es susceptible al error, a la posibilidad de nuevas versiones, a la necesidad constante de re-interpretarse.

Como bien concluye Alvarenga, tanto la Historia como la Literatura privilegian el estudio de los sujetos (ver 30) y ambas pueden potenciarse y beneficiarse mutuamente de sus características.

Bibliografía

Historia y Literatura

Barthes, Roland. “¿Historia o literatura?” *Sobre Racine*. México: Siglo XXI, 1992. 174-194.

Benveniste, Emile. *Problems in General Linguistics*. Coral Gables, Florida: University of Miami Press, 1971.

Derrida, Jacques. *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Ed. Gedisa, 1989.

Foucault, Michel. “Entrevista sobre la prisión: el libro y su método”. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1991. 87-103.

Gumbrecht, Hans Ulrich. “Sociología y estética de la recepción”. (1973). *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Dietrich Rall, ed. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. 223-244.

Jauss, Hans Robert. “Cambio de paradigma en la ciencia literaria”. (1974). *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Dietrich Rall, ed. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. 59-71.

Jenkins, Keith. “‘Nobody does it better’: radical history and Hayden White”. *Rethinking History* 12.1 (marzo 2008): 59-74.

Reagan, Charles E., y David Stewart, eds. *The Philosophy of Paul Ricœur: An Anthology of his Work*. Boston: Beacon Press, 1978.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós, 1992.

Estudio historiográfico en América Latina

Alvarenga Venutolo, Patricia. “Historia y literatura en el futuro próximo: ¿disolución de la historia en la literatura o profundización de un intercambio fructífero entre ambas? *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 23-33.

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Pizarro, Ana. “Introducción”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 9-20.

Pizarro, Ana. “Delimitación del área”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 21-31.

Pizarro, Ana. “¿Diseñar la historia literaria hoy?”. *Estudios. Revista de investigaciones literarias* 4.8 (1996): 71-77.

América Latina: palabra, literatura e cultura

Pizarro, Ana, ed. *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993.

Pizarro, Ana. “Palabra, literatura y cultura en las formaciones discursivas coloniales”. *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. Ed. Ana Pizarro. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993. 19-37.

Duvois, Jean-Paul. “Apuntes de arqueología literaria”. *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. Ed. Ana Pizarro. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993. 111-122.

Lienhard, Martin. “Los comienzos de la literatura “latinoamericana”: monólogos y diálogos de conquistadores y conquistados”. *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. Ed. Ana Pizarro. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993. 41-62.

Rojas, Miguel. “Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista?” *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. Ed. Ana Pizarro. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993. 123-150.

Zavala, Iris M. “Formas de la prosa: siglos XV-XVIII”. *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen I: A situação colonial*. Ed. Ana Pizarro. São Paulo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993. 359-388.